

Eduardo Mallea y la realidad inconfesada

Escribe: ARTURO LAGUADO

EL DRAMATISMO DEL LENGUAJE

(ENTREVISTA CON EDUARDO MALLEA)

Rodeado de sus libros, en su apartamento de la calle Posadas de Buenos Aires, Eduardo Mallea tiene un inconfundible aire de familia con algunos de los personajes, o de las *criaturas* de sus libros, como él prefiere decir. Aun en esa calurosa tarde de verano, dentro de su casa, estaba vestido con un severo traje oscuro, camisa blanca, una corbata de tonos sombríos. A primera vista es el más auténtico representante de esa generación de escritores que con Borges y Marechal, sus contemporáneos abrieron con estruendo las puertas de otros continentes para la literatura argentina. Su modelo fue Güiraldes —tres lustros mayor que ellos y ya en el pleno apogeo de su gloria— cuando allá en el año 26 un grupo de jóvenes que apenas contaban un cuarto de siglo, iniciaron la publicación de sus primeros cuentos. Varias de esas obras, como *Don Segundo Sombra* de Güiraldes y *Cuentos para una*

inglesa desesperada de Mallea tuvieron en común el año de su nacimiento. Ellos, Borges, Bernárdez, Marechal, Molinari, eran clientes de los mismos cafés —el Royal, el Aues's Keller— de la calle Bartolomé Mitre y calle Corrientes en donde tejían las tramas y los sueños de escritores novicios que después (maravilla de todos los asombros!) vieron realizarse a cabalidad. Miraban persistentemente hacia Europa de donde parecía provenir la savia de todo refinamiento de buena ley, de toda sutileza intelectual. Mallea viajó a París para hacer el aprendizaje, o la ineludible peregrinación de los escritores noveles que se creían comprometidos con su civilización y con su tiempo. A su regreso escribió su *Nocturno europeo* y al mismo tiempo descubrió de un golpe a su país. Su obra es un testimonio claro de este afincamiento y de los enormes tesoros que su patria le tenía reservados desde el comienzo.

Mallea tiene el cabello blanco, los ojos negros, extraordinariamente brillantes, y tersa la piel del rostro. Dentro de dos años se cumplirá medio siglo desde el día en que por primera vez “puso la pluma sobre el papel”. Ahora acaba de aparecer su volumen número 31. Y esa treintena de libros encierra, según Mallea, sus propios conflictos y sus más profundas preocupaciones. “Yo, —dice— he entregado todo a mi vocación de escritor”. Es tal vez la más orgullosa y la más digna confesión de un hombre que como él ha alcanzado las mayores satisfacciones y las más altas recompensas por su labor. Pero al mismo tiempo resulta admirable comprobar que su inquietud no se ha calmado, que todavía es víctima de ese afán voraz de decirlo todo, de llenar el “vacío inmenso” que los verdaderos creadores creen hallar en el mundo que conocen.

Para Mallea existe una inquietud fundamental. Muchas veces ha expresado la misma idea, la cual viene a constituir el eje alrededor del cual gira la mayor parte de su obra: la insuficiencia del lenguaje.

Al comentar varios de sus libros, *La bahía del silencio*, *Los enemigos del alma*, *Chávez* y *Simbad*, nos entrega la clave de su preocupación.

“Esas novelas tendieron a expresar, —escribe— los aspectos tremendamente dramáticos de la vida que *no vivimos* porque otra parte de la vida (o de la nuestra) nos lo impide, dividiéndonos injusta y cruelmente de los otros seres y dividiéndonos de nosotros mismos, cuya tristeza fundamental consiste en vivir en esta vida solo una parte de nuestra vida y en dejar inexpressada (en dejar muerta) otra parte, u otras partes, de ella. Me pa-

recía que había que expresar esta frustración demasiado constante de nuestro ser completo, de nuestro ser vital pero también esencial. El verbo mismo que a diario utilizamos me parecía una mera aproximación, una traición que nos deja mudos allí donde más hablamos, que nos deja cansados y derrotados de no haber dicho, de lo que vivimos, nada, o apenas una porción fútil y fallida. Me parecía necesario entender y significar esa falta original de entendimiento y significación que llevamos escondida en el fondo de nosotros mismos, que no nos perdona, que nos hace cometer incluso terribles actos culpables debido a la desesperación de no saber hacernos entender como irremediable y recónditamente somos. Sí; lo que me pareció necesario, imprescindible, era iluminar eso, narrarlo y subrayarlo, con la ayuda de caracteres dramáticos y significativos”. (“Testimonio de un escritor”. Editorial Aguilar, 1965).

Pocos hombres pueden darse el lujo de declarar, como Eduardo Mallea, “que solo escriben porque no saben hablar”. Esta frase fue dicha en un reportaje, pero la repitió durante nuestra conversación. Se podría pensar en una coquetería de intelectual, puesto que Mallea tiene la palabra fácil, clara y rica, sin embargo la idea posee para él una importancia decisiva. El *dramatismo del lenguaje*, es el sentido incompleto de las palabras, la limitación impuesta por los sonidos convencionales que traicionan el fondo del pensamiento y que, en realidad, no nos permiten expresar a cabalidad nuestros sentimientos. Al explicar el significado de su novela *Chávez*, hace algunos años, ya afirmaba para la revista “Zona Franca” de Caracas: “El lenguaje, esa convención, no nos expresa

sino en nuestra minimísima parte como seres humanos. Tal es el signo de su fracaso y de su tragicidad". La idea de que en el curso de nuestra vida nunca llegamos a decir lo que más nos importaba decir, aparece en varios de sus libros, y no sería aventurado el agregar que figura como uno de los puntales de su obra. Mallea relata una anécdota que puede darnos una idea de cómo este fantasma (la obra de todo gran escritor es precisamente la historia de sus conflictos con sus propios fantasmas) lo ha asaltado en los momentos más inesperados. Se trata de la gran impresión que le produjeron las palabras, el tono de las palabras, de una amiga que se encontraba gravemente enferma. Al referirse a su difunta madre ella aseveró: "Nunca pude decirle que yo la quería". Porque en la vida, de acuerdo con Mallea, solo alcanzamos a expresarnos de una manera fragmentaria, dejando en el fondo lo más tremendo y complejo de nosotros mismos. Esta preocupación parecería paradójica en un hombre que ha escrito más de 30 libros, pero es al mismo tiempo la justificación de su extensa obra. "He escrito quizá demasiado, —asevera en *Poderío de la novela*— porque he creído que no decía bastante. Y lo que me parecía necesario era precisamente lo que el lenguaje de los hombres dice escasamente o no dice nunca. Esta es la razón de ser de un escritor. Si creyera que el verbo humano en su faz oral es bastante, ningún escritor intentaría escribir. Pero es ese inmenso, latente, tembloroso, terrífico vacío que cada escritor quiere llenar... otra vez... con palabras; y por lo general con nuevas palabras tentantes e insignificantes con relación a lo que de veras intenta de-

cir, con nuevas palabras insuficientes que se levantarán como una mano rápida que llama y luego volverán a caer como esa misma mano". "Somos, —escribió en otra oportunidad— los inmensamente callados relativos, los tristes y ofendidos incomunicados...". Y aquí encontramos los dos elementos esenciales de este "terrífico vacío", como él lo llama.

Estas premisas nos ayudan a acercarnos a la obra de Mallea, a comprender mejor la "incomunicación" de sus personajes; o lo que él llama, situándonos en el fondo de la cuestión, "el silencio determinante", esencia de la poesía y de la creación.

Porque existen, dice Mallea, las *ideas tronco*, de donde nacen las ramas, las hojas o los frutos de sus obras. Cada libro suyo llega a cumplir una función, a llenar un vacío en la copa del árbol. Por eso a pesar de su diversidad todos ellos están nutridos por la misma savia. Y los lectores llevados acaso por su inclinación a las formas (cada tema exige un lenguaje determinado) o a los símbolos, amarán a unos más que a otros, como preferirían un fruto en lugar de una flor. Para el autor, en cambio, se trata de reunir las piezas necesarias para formar ese gran mosaico con el cual pretende reflejar su mundo. Así ninguno de sus libros está escrito por casualidad. "Casi podría enumerar, —afirma sonriendo— todos los libros que me falta escribir antes del fin". Y esa sonrisa desconcertante parece esconder una determinación. Porque a pesar de todos sus triunfos literarios Mallea cree que no ha escrito aún su mejor novela, el libro que será por sí solo una justificación de su existencia...

a pesar de *Una pasión argentina*, a pesar de *La ciudad junto al río inmóvil* y de *Todo verdor perecerá*. He aquí, pues, a un hombre que se ha tomado en serio su propia vida, y la vida de sus semejantes. Comprendemos entonces por qué ha sacrificado *el resto* a su vocación de escritor. Se trata de un sacrificio obvio en todo creador verdadero, cuando cree que no tiene derecho a morir sin haber entregado la parte más importante de su silencio. No se trata de una simple paradoja. Es apenas la explicación de ese concepto de Mallea según el cual somos los inmensamente callados *relativos*, los tristes y ofendidos incomunicados.

Si nunca decimos aquello que más nos interesa decir, en el fondo de cada conflicto existe una parte que siempre quedará inexpresada. Este es el vacío que corresponde llenar al escritor. Pero, siguiendo el razonamiento de Mallea, ¿alcanza el escritor a cumplir a cabalidad este objetivo? Seguramente no, puesto que el lenguaje es un puente inconcluso, el cual solo permite al artista aproximarse a esa tierra de nadie, remota e inasible, en donde se halla la esencia de los conflictos humanos y la fuente de la

verdadera creación. Esta parece ser la melancólica conclusión de un hombre que ha escrito una obra tan extensa como Eduardo Mallea.

Acaso entre los escritores argentinos de su generación solo Jorge Luis Borges ha logrado un prestigio igual al de Mallea, en su país y en el extranjero. Pero mientras Borges parece navegar a su gusto a través de sus mundos interiores y subterráneos, Eduardo Mallea (¿más profundo? ¿menos artista?) llega a detenerse ante los graves interrogantes que conforman el mundo de la creación artística. Mientras Borges avanza de hallazgo en hallazgo al encuentro de *otra* realidad, Mallea busca conscientemente el vado que le permitirá llegar a la *otra* orilla. Más podría decirse que su obra está formada por un conjunto de intentos —afortunados o no— dirigidos en el mismo sentido, para acceder a la total realización de su propósito. Parece un hombre empeñado en pasar a través de un muro de piedra con la simple ayuda de sus manos. Y este afán, esta obsesión, es uno de los factores fundamentales que dan a la obra de Mallea su actualidad y sus extraordinarias dimensiones.